



El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

ADVERTENCIA

á los suscritores que lo fueron á la
ESPERANZA.

Con el número del domingo 12 del corriente se les repartirá el 4.º y último cuaderno de la novela titulada *La última Hechicera*, no habiéndolo verificado hasta ahora por no haberla concluido su editor. Los suscritores á aquel periódico que no continúen suscritos al nuestro, deberán devolver el drama que se les repartió, en el acto de entregarles el último cuaderno de la *Hechicera*; pero los que continúen suscritos á EL ENTREACTO recibirán uno y otro.

DE LAS REGLAS Y DE LOS REGLISTAS.

Hablando Condillac de las reglas en la literatura y en las artes, dice que son como los pretiles que se ponen en un puente, los cuales sirven, no para que el transeunte camine pegado á ellos, sino para advertirle el lugar del precipicio y evitarle la caída al río. No es posible dar de las reglas una idea mas clara ni mas justa. El que camina servilmente adherido á ellas; el que no se atreve á dar un paso sin agarrarse con ambas manos á esa especie de vallado moral ó intelectual; el que anda siempre paralelo á él; temiendo que el mas pequeño desvío de la linea recta, el mas inocente desahogo, el mas insignificante extravío puedan precipitarle irremediabilmente... ese tal, decimos, se halla perfectamente retratado en el hombre que, temiendo caer al agua, se pegase al antepecho de un puente sin atreverse á desasirse de él.

Hermosilla entiende por reglas « ciertas leyes que prescriben al artista lo que debe hacer y lo que está obligado á evitar para que sus obras tengan toda la perfeccion posible; » y despues, explicando la definicion, manifiesta que estas reglas son otros tantos principios eternos y de eterna verdad, fundados en la naturaleza de aquellas cosas que son objeto de las artes.

Las buenas definiciones son rarísimas, y yo no tengo por buena la que arriba se acaba de dar. Segun ella, las reglas prescriben al artista lo que debe hacer y lo que está obligado á evitar para dar á sus obras toda la perfeccion posible; pero la perfeccion no es el resultado de la observancia de las reglas, porque una obra perfectamente ajustada á ellas, puede ser mala sin embargo. En bellas artes y en literatura, es malo todo aquello cuyo mérito consiste solamente en evitar defectos: este es un mérito puramente negativo, y no es la negacion del error ó del extravío lo que constituye una obra perfecta, es la realizacion positiva de lo bello.

Las reglas nada nos enseñan á hacer: hablamos concretándonos á las artes de imaginacion. En las artes mecánicas puede señalarse con el dedo el camino que debe seguir el que á ellas se dedica, y enseñarle á realizar obras positivas, porque al cabo los materiales de que echa mano están físicamente sujetos á los sentidos, y por consiguiente no hay dificultad en medir con exactitud las proporciones que debe tener el artefacto, señalando previamente, si es necesario, un diseño ó tipo al cual se ajuste la obra, sin discrepar en lo mas mínimo. Pero á medida que el hombre se separa de lo que está sujeto á los sentidos, crece la dificultad de enseñarle á producir. Un arquitecto, por ejemplo, podrá cuando mas, recurrir al compás y al cálculo en todo lo que su arte tiene de material y de palpable, por decirlo así; pero por lo que respeta al juego y á la combinacion de los adornos y al bello idealismo que hace entrar á la arquitectura en el número de las artes

hijas de la imaginación, ¿que libro le enseñará á producir cosas nuevas, si su misma imaginación no le proporciona recursos? Los preceptos le señalarán el camino que debe seguir para realizar lo que su arte tiene de necesario y de cómodo, pero lo que ofrece de ideal y aun de caprichoso, depende exclusivamente del genio. ¿Qué diremos de la poesía, en la cual todo es idealismo, todo imaginación, todo sentimiento...?

Las reglas pueden señalar los inconvenientes que deben evitarse, pero nada más. Pueden indicar los medios generales y vagos de llegar á la perfección, como la unidad, la variedad, &c... pero enseñar á realizar esa variedad, esa unidad, no hay reglista capaz de verificarlo. ¿Quién le dijo á Cervantes, *de este modo has de hacer tu Quijote*? Su imaginación, su genio, su gusto, su cabeza, su corazón. ¿Quién le dijo, *esto ó lo otro has de evitar*? Tal vez el arte, es decir, las reglas, y acaso su mismo talento.

Si los reglistas pudiesen presentar un modelo, un tipo, un diseño ideal al cual pudieramos ajustar nuestras producciones, con arreglo á los medios materiales que ellos mismos nos proporcionasen, entonces se diría con propiedad que sus preceptos enseñaban á hacer. Pero ese modelo, ese tipo no lo han presentado todavía, porque han de recurrir para ello, ó á la naturaleza ó al arte, y ni en aquella ni en este existe el original que se busca. Las obras más perfectas que se conocen en literatura, no son tales que reanuden todo el idealismo del arte, ni toda la extensión de que es susceptible, y siendo así, mal podran servir de tipo invariable y esento de toda ulterior combinación. Es indudablemente la Iliada la mejor epopeya conocida hasta ahora, y será si se quiere la única que no tenga rival en muchos siglos; ¿pero deduciremos de aquí que no haya otras vías que el genio pueda abrirse, diferentes del camino adoptado por Homero? Al contrario; nosotros creemos que si se ha de hacer algo en lo sucesivo, capaz de elevar al que lo haga al grado de consideración y de gloria en que se mira el primer genio de la Grecia, ha de ser adoptando otra senda épica. Lo que decimos de la epopeya, lo decimos también de los demás géneros de literatura: nadie puede decir, *no hay otras sendas que las conocidas*; y si se conciben otras sendas posibles, posibles son otros modelos también. Antes de escribirse el Quijote, no existía el género creado por Cervantes.

Ahora bien, si no hay obra capaz de comprender todas las combinaciones del

genio y todas las formas de que puede revestirse, ¿dónde está ese modelo universal? ¿En la naturaleza? Pero la naturaleza presenta rasgos esparcidos por todas partes, ofrece bocetos cuando más, modelos no. Los elementos de la belleza existen dispersos y confundidos, y quien los sorprende, quien los depura, quien los combina es el genio, parecido en esto á la providencia separando la luz de las tinieblas. La naturaleza real no es la naturaleza poética: aquella es la naturaleza existente, el mundo actual físico, político, moral, intelectual, con todas sus luces y con todas sus sombras, con todas sus bellezas y deformidades, con todo lo que tiene de grato y con todo lo que tiene de desagradable, con todas sus ventajas en fin y con todos sus inconvenientes; y presentarle cual es, sería parodiarlo, cuando las artes no han nacido para la parodia, sino para reunir en un solo cuadro todo lo que ese mundo tiene de más bello, de más perfecto, de más grande, de más augusto, de más sublime, de más consolador. Por eso se ha dicho, y esto creemos que es una verdad que inútilmente se ha tratado de combatir, que la naturaleza expresada por la poesía, no es la real, sino la bella. ¿Enseñan los reglistas á combinar esos elementos? ¿Son capaces de guiarnos en la elección de todos esos rasgos esparcidos por la naturaleza real? Delirio sería creerlo. «La belleza que buscáis, en la naturaleza está; pero el arte de sorprenderla, no somos nosotros quien os lo podemos enseñar: vuestro genio, la más ó menos feliz organización de que esteis dotados, la imaginación, el gusto... esos son los únicos que os pueden proporcionar recursos.» En esto vienen á parar sus preceptos, y no es posible otra cosa.

Siendo esto así, de qué sirven las reglas? Ya lo hemos dicho arriba. De señales para advertirnos los precipicios; de medios puramente negativos para encaminarnos á la perfección; y esto no es poco. El que consigue conocer y evitar defectos, consigue por lo menos rectificar su gusto, y cada adelanto que en este se hace, es un paso para iniciarse en los misterios de la belleza.

El romanticismo exagerado se precia de recusar toda especie de reglas, y esto no es justo. El clasicismo aristotélico, ó digámoslo mejor, el pseudo-clasicismo intolerante, condena todo cuanto no se ajusta matemáticamente á la pauta trazada por los grandes hombres de la antigüedad. El siglo se ha alzado contra esos tiranos de la literatura, proclamando la independencia del genio y rechazando el yu-

go opresor. Como en todas las reacciones sucede, los apóstoles de la independencia literaria han pasado sus justos límites, haciendo suceder los delirios y el desenfreno á la abyeccion y al servilismo. Nosotros distinguiremos las reglas que merecen el nombre de tales, de las que debieron el ser al capricho, á la preocupacion ó al espíritu de sistema. No es una literatura reaccionaria la que puede convenirnos, sino aquella que tenga el justo medio por divisa. *Medio tutissimus ibis*, es una sentencia aplicable á todo, pero en épocas de reaccion se desconoce ó se afecta desconocer su importancia. Esa reaccion sin embargo ha sido necesaria y conveniente, porque sin ella gemiriamos todavía bajo el yugo del despotismo literario. Dia vendrá en que calmada la agitacion, y destruido el espíritu de vértigo que en la actualidad nos fascina, se proclamen los derechos del gusto igualmente que la independencia del genio. La revolucion literaria todo lo ha dado á este: aquel le ha debido muy poco, ó por decirlo mejor no le ha merecido todavía la atencion que tan justamente reclama.

M. A. PRINCIPE.

GRAN CONCIERTO

vocal é instrumental

celebrado en la isla de Tenerife, á beneficio de los establecimientos de caridad de santa Cruz, Laguna, Villa, é Icod.

Trasladamos á nuestros lectores la adjunta comunicacion que se nos ha remitido de la isla de Tenerife, comunicacion que al mérito de estar bien escrita añade el de ser un relato exacto y nada exagerado del concierto que allí tuvo lugar, poniéndonos en el caso de apreciar debidamente el notable progreso filarmónico de los aficionados á la música en nuestras islas Canarias. Dicho comunicado se expresa en los términos siguientes:

Señor editor de EL ENTREACTO.

La noche del 16 del corriente, hemos presenciado en la villa de santa Cruz, capital de las Canarias, un espectáculo extraordinario. Aludimos al magnífico concierto vocal é instrumental. Dado en el extinguido convento de san Francisco por los aficionados de la isla sola de Tenerife. Su número ascendió á 84 en el orden siguiente: 12 voces, 1 piano, 25 violines, 5 violas, 6 violoncellos, 2 contrabajos, 1 octavin, 5 flautas, 2 oboes, 1 requinto, 8 clarinetes, 8 trompas, 1 cornetu de pistones, 1 clarin, 2 fagotes, 2 trombones,

1 oficleido, y 1 timbales. En medio de una brillante reunion de mas de 1500 personas, se dió principio con la sinfonia del maestro Rossini *La Gazza Ladra*, ejecutada con una perfeccion y aplomo admirables; los extrangeros y peninsulares se quedaron asombrados al ver á unos meros aficionados desempeñar aquella obertura como profesores, y eso en una roca olvidada del Océano, y reputada generalmente como el asiento de la barbarie y la ignorancia. Siguió á la Gazza una hermosa ária del *último giorno de Pompeia* del maestro Paccini, cantada perfectamente por la señorita doña Maria de la Paz del Mármol, y acompañada con igual felicidad por la orquesta. En seguida se ejecutó por esta última un trozo bellissimo de la *Lucrecia Borgia* del maestro Donizzetti, y concluyó la parte primera con el célebre duo de bajo y tiple de la *Parisina* del propio autor cantado por la mencionada señorita y don Gregorio Alvarez. En el intermedio tocó en el piano unas variaciones de su composicion, el profesor don José Meano. Comenzada la segunda parte del concierto con la obertura de *Yocondo*, cantó en seguida el señor Alvarez una ária de la *Gemma di Vergi*, del maestro Donizzetti, en que hizo gala de una hermosa y agradable voz y de una inteligencia música no comunes. Se ejecutó luego por la orquesta un segundo trozo de la *Lucrecia Borgia*, y se finalizó la funcion con el admirable final de la bellissima *Norma*, cantada por la señorita del Mármol, el señor Alvarez, y don Roberto Power. Coristas y orquesta, todos se esmeraron para desempeñar la inspiracion del inmortal y malogrado Bellini.

El concierto se repitió la noche del siguiente dia, añadiéndose una ária de *Capuletta!* cantada por la señorita del Mármol, y otra de *Beatrice di Tenda*, por el señor Alvarez. En el intermedio ejecutó el señor Meana unas variaciones del maestro Ylerz, y la expresada señorita cantó, acompañada del piano solo, la cavatina de la *Norma*, *Casta diva* etc.

Muchos ingleses recién llegados, diferentes empleados que acababan casi de arribar á estas islas, en fin, todos los que asistieron, no cesan de manifestar su admiracion, al verse en este rincon del mundo disfrutando de placeres europeos. Añádase la paz octaviana que aquí perennemente reina, y no parecerá fuera de razon el apellidar á estos peñascos *Campos Eliseos*, denominacion con que los señalaron los antiguos.

¿Y á quien debe Tenerife estos deliciosos ratos? ¿A quién la revolucion musical que ha presenciado?... A un hombre

que una casualidad, ó nuestra fortuna, trajo y ha encadenado á estas playas; á un grande artista, que dominado enteramente por su arte, no ha descansado hasta realizar lo que en este país lo que quizá no sería fácil en otros; esto es, formar una orquesta de *aficionados* capaz de rivalizar con las orquestas de *profesores* europeas. Si lo ha conseguido ó no, díganlo tantos extranjeros que á confesarlo se han visto obligados cuando visitaron estas islas. Monsieur Carlos Guigou, francés de nacimiento, y uno de los hijos más ilustres del conservatorio de París, es quien ha operado este milagro. Dotado de una imaginación extraordinariamente viva, y de un saber músico profundamente clásico, los tropiezos que ha encontrado solo han servido para animarle más y más. El ha iniciado á éste público en los tesoros de la música; las particiones de Hayden, Mozart, Gluck, Rossini etc. etc. le son ya familiares; que tanto puede un hombre de gran genio cuando el fuego del genio le anima. Hasta donde llega este fuego en el señor Guigou, es difícil imaginarlo. Concebido el proyecto del concierto, apenas necesitó quince días para instrumentar, copiar y recopiar todas las ya repetidas piezas. ¡Y que instrumentación! ¡Qué conocimiento de todos los recursos de la armonía!... Con un director como el señor Guigou, se hacen prodigios. Cuando se coloca en medio de su orquesta, parece que está inspirado. Su fisonomía se reviste de una expresión indefinible; ya la sonrisa de la satisfacción se pasea sobre sus labios; ya un gesto de cólera nos revela la impresión que algún error ha hecho en su espíritu... todo en él es animación, todo vida!... ¡Cómo sabe conducir hasta el cabo, sin tropiezos, á la masa de tocadores! Su inteligencia está á la vez en todos los papeles, sin que se le escape una sola nota.

Para concebir todo el genio creador de este eminente artista, digno por cierto de figurar en un círculo más vasto que el de esta provincia, basta saber que con actores de una compañía de la legua, sin el menor conocimiento de la música, y cuyas voces, á escepcion de las de dos de ellos, no ofrecían recursos ningunos, logró hacer ejecutar aquí óperas de su composición, sencillas sí, pero llenas de trozos admirables. En menos de tres meses vió y aplaudió el público de Santa Cruz, compuesto en gran parte de extranjeros instruidos, la ópera *cómica*, *Un día en el serrallo*, *Doña Urraca*, y el príncipe *Leandro*, cuatro particiones, todas con letra española, que no siempre han de servirse de la italiana los que poseen el

dialecto de los Garcilasos, Riojas y Melendez. Tantos trabajos artísticos del señor Guigou, que tan grande lustre derraman sobre este archipiélago, no han podido menos de atraerle la estimación, amor y respeto de los agradecidos hijos del Teide. Reciba estas puras ofrendas, ya que no está en sus alcances tributarle otras de más valor, y crea firmemente que en tenerle en su seno se reputan estas islas por verdaderamente *afortunadas*.

Sírvase vd. señor redactor, insertar estos renglones en su apreciable periódico, que tal vez contribuyan un poco á deshacer el mal concepto en que hasta ahora están envueltas estas islas, quedando á ello sumamente reconocido. S. S. S. Q. S. M. B.—Santa Cruz de Tenerife, 18 de marzo de 1840.—*Un isleño*.

POESIA.

Nuestro antiguo colaborador DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH nos remite para su inserción en nuestras columnas, dos composiciones líricas, debidas á la pluma de una señorita extremeña, cuyo nombre sentimos no estar autorizados para poder revelar (1) No podemos comenzar mejor la segunda serie de nuestro periódico, por lo que respeta á su parte poética, que insertando hoy la primera de dichas composiciones, reservando la segunda para el número próximo, toda vez que en este no nos es posible darle cabida. Los versos de que constan son bellísimos, ora se consideren aisladamente y cada uno de por sí, ora en su conjunto y en su feliz y mutua concurrencia á la armoniosa construcción de los períodos poéticos. El estilo, siempre natural y elegante, carece de la más pequeña desigualdad, y revela un gusto exquisito; siendo notable más de una vez por la hidalguía y elevación de los pensamientos, expresados con una nobleza y con una felicidad verdaderamente envidiables.

La primera de dichas composiciones participa de la ligereza y vaguedad de la Mariposa que le sirve de asunto, mientras la segunda, dirigida á la Palma, inspira á la escritora imágenes llenas de robustez y energía, al través de las cuales se descubre una razón superior á la edad de diez y siete años. Nuestra poetisa desconfía en su modestia, de poder ceñir á su frente las hojas del árbol á quien de-

(1) Ajustado ya el número se nos ha dado permiso para poner el nombre de dicha señorita al pie de la composición.

*dica su canto; pero el feliz desempeño de
ambos poemas indica bastante cuan ade-
lantada se halla en el camino de la gloria.*

M. A. P.

A la mariposa.

Bien hayan, mariposa,
Las bellas alas, como el aire leves,
Que ¡¡ qui ta y vagarosa
Entre las flores mueves,
Ostentando tu púrpura preciosa.

De blanda primavera
Bien haya la callada y fiel vecina,
La dulce compañera
Del alba cristalina
Perdida entre la flor de la pradera.

Lijera y afanosa,
El prado mide tu inseguro vuelo,
Ya huyendo temblorosa,
Ya con ansioso anhelo
En las flores vagando codiciosa.

Bien haya el purpurino,
El vaporoso polvo de tus alas,
Que al aire de continuo
Puro y luciente exhalas,
Al abrirte en sus ámbitos caminos

¡ Ay! goza, mariposa,
La pasajera vida de dulzura
Que vuelva preurosa;
Goza allá tu ventura
Revolando en la siesta silenciosa.

Apura de las flores
El empapado caliz que te ofrecen,
Y apura tus amores;
Que ya en la noche acrecen
Del otoño los vientos destructores.

Y eres frágil y bella,
Y tu belleza el cierzo descolora:
Si sañudo atropella ¡
Tu gala seductora,
Ni aun de tu forma quedará la huella.

CATALINA CORONADO.

A TI.

(Traducción de Victor Hugo.)

Cuando me nombras la gloria,
Me sonrío amargamente;
Que esa voz es ilusoria
Y felicidad nos miente.

Bella estatua derribada
Por la envidia asaz cruel,
Solo descansa sentada
De la tumba en el dintel.

La fama rápida vuela,
El poder húndese al fin,
Un leve amor que consuela
Vale mas, mi serafín!

Que solo amo mi diosa,
Tu dulce voz y sonrisa,
Y de la floresta umbrosa
Las flores y mansa brisa.

Vélenme solo á porfía
En mis horas de dolor
Tus tiernos ojos ¡ luz mía!
Tu suave aliento ¡ mi flor!

En tus divinas facciones,
De tus soles en el giro,
Hay un mundo de ilusiones,
Mas yo al amor solo miro.

En vano, por acallar
La voz con que me sujetas,
Veo en mis sueños cruzar
A cien radiantes poetas.

Yo prefiero á su cautela,
A su coro que estremece,
A ese son que me desvela,
Tu cantar que me adormece.

Y si por gozar la calma
Del cielo, he de abandonarte,
Que la mitad de mi alma
Quede aquí para adorarte.

En la oscuridad, lo juro,
Mas amante me verás;
La tristeza es sitio oscuro
Donde el amor brilla mas.

Angel que rayos exhalas,
Muger que mi llanto ves,
Recibe mi alma en tus alas,
Mi corazón á tus pies.

De la calva y de la peluca.

Entre los males pasados, presentes y
futuros que acuden á la especie humana,
se ha pretendido colocar con preferencia
el de la pérdida del abrigo natural de nues-
tro cráneo, mostrando en su consecuen-
cia la que el vulgo llama *calva*. Idea bien
triste del raciocinio de los hombres que
elogian frecuentemente la aglomeracion
de cabellos nacidos en su brazo, en la es-
palda ó en el pecho, contra el orden regu-
lar, y critican la desaparicion de ellos de
la cabeza, como sino mediassen las propias

razones para dispensar en ambos casos la misma tolerancia á la caprichosa naturaleza.

Y cuenta que no soy calvo, ni con insulas de ello me anunciaré á mis lectores, porque no se atribuya á pasión ó amor propio cualquier razon que pudiera entrar en defensa de los que forman el mas distinguido patrimonio de los Peluqueros. El tratar de las calvas no parece materia indigna de un artículo, asi como no lo fué la disertacion que el abate Thierry publicó en un grueso volumen, cuando intentó confundir á sus emulos que pretendian tener mejor peluca que la suya.

El metódico tratado de Panckouke y la Enciclopedia de peluqueros de Monsieur Beaumont hablaron difusamente de los peinados de *ala de pichon*, *tupés*, *herizones* y virtudes de la pomada de Rist y del sebo de Flandes: pero ninguno se detuvo ni aun al paso en la compacta y lustrosa calva tan odiada de los hombres, aunque necesaria para combatir en este caso la monotonia de la naturaleza y dar vida al arte encantador que convierte en verdadero cráneo lo que la inexorable edad, ó las penosas enfermedades reducen á mostrarse como una intermedia prolongacion de la frente y del pescuezo.

La peluca pone indudablemente una baya formidable entre la delicada cabeza de la dama, la descansada de un diplomático, la bulliciosa de un filarmónico, la fogosa de un literato y la mano pesada y á veces convulsiva del oficial ó maestro á quien está cometido el adorno del arca sagrada donde se hospedan cuatro de nuestros sentidos. El calvo mira impávido los toscos movimientos que el operario ejecuta en su artificial casco colocado sobre el insensible molde, mientras el que no lo es se vé obligado, después del engorro de cultivar sus cabellos cual pudiera hacerlo de un campo cubierto de centeno, sin olvidar la limpia, munda y siega, á tolerar el brusco arremetimiento con que un inhumano peluquero, por el rigor de la moda, quiere imitar en nosotros el peinado del siglo XV, retorciendo, rizando y obligando nuestras melenas á formar caprichosos dibujos con el auxilio de un hierro que convertido á las veces en ascua nos tuesta la nuca y las orejas, y hasta nos derrite los sesos.

La etimología de la voz peluca es muy dudosa, porque Menaje dice que viene del latin *pilus* (*pilo*); Guyet, que del griego *peniké*; Wachter de *purrikos* tambien griego; Stütero del aleman *barruque*; Mitalier de la palabra hebrea *perah* y Labbé que del nombre frances *pierre*, por haberse llamado así su inventor. Pero lo

cierto es que su utilidad es tan conocida, que á llevarla no hubiera perecido desgraciadamente el poeta Eschilo á impulso del tremendo golpe que le causó una tortuga desprendida de las garras de una águila.

Ya veo volverse contra mí á la inmensa turba de hombres de poblada cabellera, y para probarme la falsedad de mis aserciones llamar en su favor la autoridad de doctos y eruditos escritores. Seneca, me dirán, en su tratado de *la brevedad de la vida* proscribe las pelucas: Tertuliano las llama *vaginam capitis et verticis operculum*. San Gregorio Nacianceno, elogiando á su hermana Gorgonia dice *que no se adornaba con cabellos postizos que la harian ignominiosa*. San Ambrosio y san Gerónimo abominan las pelucas. Un concilio celebrado en Constantinopla en el año 692 escomulgó á los que las usasen, y hasta Alejandro de Hales, san Bernardino y el satírico Marcial declamaron fuertemente contra ellas.

¿Pero deberemos tambien fulminarlas nuestro odio por que los demas lo hicieron? No encuentro razon que pueda convenirme, ni aun inclinarme á titubear, cuando tengo tantas y tan poderosas para apoyar á los calvos cuya defensa he tomado por hoy á mi cargo. Articulos sin cuento, tomos dilatadissimos y numerosas bibliotecas pudiera escribir en obsequio de las pelucas, pero me contentaré, ó por mejor decir, se contentarán mis lectores, con lo que buenamente quiera revelarles.

Plotina muger de Trajano fué la que introdujo en Roma las pelucas á la *Andromaca* de que habla Juyenal en su sátira 6.^a Los sacerdotes de Diana llevaban una peluquilla con los pelos erizados. Oton, Caligula, Cómodo, Popea, Julia y Lucila usaron peluca, y la mayor parte de estos no por necesidad, sino ansiosos de consagrar su veneracion á tan magnífico mueble.

Todas las naciones, todas las edades han admirado tan precioso invento, y con cuerdas resoluciones han decretado mas de una vez la desaparicion del propio pelo para sustituirle con la elegante forma de la mas empolvada peluca. Y por ello contemplamos en nuestros antiguos teatros unas fisonomias que consideramos en algunos como escluidas de la raza humana, siendo causa de esta equivocacion lo poco reflexivos que las examinamos, sin penetrar el engrandecimiento que el artificio proporciona al hombre. Las pelucas admitidas, estimadas y reverenciadas en honra de los calvos, tuvieron diferentes denominaciones, y con ellas

pruebo que el rigor de la moda las hizo variar como una prenda muy esencial de nuestro vestuario. Llamaronse á la *Andrómaca*, á la *Brigadiera*, á la *Venus*, á la *Tito*, á la *Caracalla*, y á lo *Arparia*. y recibieron tambien los títulos de *naciente*, *económica*, *bolsada*, *cuadrada*, *de dos colas*, *ganchosa de tirabuzon*, *turca*, *griega*, *romana*, *española*; y aun en esta época ocupan un merecido lugar, distinguiéndose por las denominaciones de *lo romantico*, *á lo Villamediana*, *á lo reformista*, y otras varias.

Si fuese á engolfarme en los beneficios que reporta el uso de la peluca haria mi artículo interminable, y como es preciso agradar á todos, en lo posible, concluyo dejando á la consideracion de mis lectores los trabajos de que el calvo se exime en las cortaduras de pelo, y á veces de orejas, en los peinados y embestidas de los hierros que le tuestan; y en los tirones y meneos, primer fundamento de las manos de un peluquero.

La peluca finalmente puede, sin disputa, proteger hasta nuestra existencia. En comprobacion de ello diré que hace pocos años se veia en una ciudad de Francia y sobre la muestra de un peluquero, una pintura que representaba el lastimoso suceso de Absalon alanzado por su contrario, cuando en la fuga se enredaron sus cabellos entre las ramas de un arbol, y mas abajo se leian estas palabras.

Une perruque l'aurait sauvé.

A vista de tantas ventajas ¿quien dudará en preferir la modesta calva á las largas y naturales melenas?

A. de I. Z.

MODAS.

La primavera, esa deliciosa estacion, en que las brisas vagorosas al estender sus alas, roban á las flores sus perfumes, meciéndolas en sus vuelos y alzando en torno amorosos susurros, que van perdiéndose á lo lejos entre el grato murmullo de las fuentes: esa mágica edad del año que nos trae entre las sonrisas de sus auroras, el soplo vivificador que torna á la vida una naturaleza mustia y abatida por los aquilones del invierno, que viste los valles de verdura y los jardines de flores, que hace renacer la alegría en las florestas, el amor en las parleras aves, los perfumes en las auras, la frescura en las enramadas y el murmullo en los sonoros arroyuelos: esa encantadora primavera, en que la natura-

leza regenerada brilla con todo lo mas encantador y sublime que la poesia guarda en sus raudales de inspiracion, es tambien la hermosa aurora del año en que la moda se ostenta bajo las formas mas seductoras, y en la que desplega sus mas voluptuosos atractivos. Las gasas, los tules y las flores vienen con ella á ejercer su imperio, y las bellas *fashionables* siempre dispuestas á agradar, siempre prendiendo en su tocado los nuevos y voluptuosos lazos, en que despues han de prender nuestros amantes corazones, aparecen á nuestros ojos en esta bella estacion, no ya como bellezas que enamoran, sino como diosas, como sílfides que encantan. Las auras vuelas y las flores estremecidas entre los rizados siguen sus leves ondulaciones, los chales flactuan sobre las nevadas espaldas, las leves vestiduras se columpian á merced de los céfiros y en tanto, á cada airoso pliegue proyecta la suspendida falda, á cada suave ondulacion de un rizo que se desprende, nuevos encantos aparecen y nuevamente cautivan nuestros ojos, esas esbeltas niñas, en quienes la naturaleza derramó la flor de su hermosura, y á quienes la moda escogió por intérpretes de sus caprichosas leyes. Ahora bien, si tanto de sobrenatural os presta la variable moda, ¿podrán los que viven forjándose ilusiones, con vagos pensamientos de amor y de delirio, los que tienen un corazon que se inflama soñando vuestro amor y delirando con vuestros amores, podran repetimos, callar un instante, cuando se trate de mostraros el medio, con que pueda conquistar un nuevo lauro vuestra belleza? Nosotros al menos no pensamos así y en prueba de ello, os ofrecemos de hoy mas consagrar nuestras tareas al culto de esa coqueta deidad que tanto aduna vuestros hechizos. Los últimos trages, las mas pequeñas modificaciones en el tocado, las telas de mas voga, cuanto os diga relacion, bellas lectoras, otro tanto os será advertido en nuestros artículos con la mayor puntualidad, y si hoy os parece que ofrecemos demasiado galantes, el tiempo os mostrará que cumplimos todavía mas de lo que ofrecemos.

Trage de casa. Bata de muselina, con cordones á la cintura. Corbata de seda color rosa, azul ó púrpura. Zapatillas de seda ó de hilo.

Trage de calle. Vestido de gros de Nápoles ó mas bien de barés de seda labrado y con caidas. Manteleta de tul con fondo de raso azul ó color de rosa. Capota (1)

(1) *Al hablar de capotas, no podemos menos de hacer un encomio particular de las que dias pasados tuvimos la satisfaccion de admirar en casa de Madama*

de crespon cachemire guarnecida de blonda, ceñida de una sencilla guirnalda y orlada de las lindas cintas de *pompadour*, imitadas á las antiguas y lujosas telas que tanta boga han merecido en la capital de la Francia; ó si se quiere un ligero sombrero de paja de Italia sin calados y con cintas del mismo color. Guante azulado ó de color de lila: (advertimos á nuestras elegantes que el color del primero es de más tono) Abanico grande de gusto antiguo. Ridículo de filete á manera de red y sin forro. Sombrilla chica de raso blanco; guarnecida de una franja.

Véase todavía en los paseos, como los últimos destellos de una moda que caduca ya, algunos *espenseres*. No acertamos á comprender como se ha generalizado tan poco el uso de tan bello traje, siendo entre todos el que da más soltura y donaire, á los gentiles talles de nuestras *fashionables*. Los últimos que hemos visto, son abiertos por delante en forma y guarnecido de encaje negro ó blanco, con las mangas estrechas y los puños concluyendo en punta.

Traje de sociedad. Vestido de muselina bordada, nipo de Manila, ó batista floreada imitando á encaje; viso rosa ó azul celeste. Peinado liso adornado de flores doradas. Zapato de raso azul ó blanco, debiendo ser opuesto en color al vestido. Guante color de lila ajustado á la muñeca por medio de un cordoncito con borlitas en los extremos. Joya de gusto antiguo.

Recomendamos á nuestras lectoras (por conclusion de nuestro primer artículo) unos mantones de malla de seda negra, que días pasados admiramos en una tienda de la calle del Carmen. La delicadeza y el esmero con que estan trabajados, les dan ya por sí solo una estima y un rango elevado, y si á esto se añade el empeño con que varias elegantes han comprado ya sus respectivos mantones, no vacilamos en asegurar que muy presto ha de verse esta moda en su mayor auge.

(En el próximo número hablaremos de las modas de caballero.)

Petibona (calle de Fuencarral) Esta elegante parisiense tan maestra en la parte de adornos de cabeza, ha adquirido ya una fama que en vano trataríamos de recomendar, siendo tan conocida; y por lo mismo unicamente diremos en obsequio de nuestras elegantes, que los sombreros de más lujo, las más elegantes capotas, las más lindas flores y las cintas de más gusto, salen de la tienda de dicha Mdme. Petibona.

VARIEDADES.

Teatro del Principe. Los señores Turrem, mayor y menor, conocidos con el nombre de Alcides franceses, han verificado sus ejercicios de un modo el más satisfactorio. El público de Madrid no ha podido menos de admirar aquella agilidad unida á la fuerza y aquella limpieza de ejecucion que tan admirablemente distingue á los dos hermanos, los cuales han debido quedar bien satisfechos de los aplausos que se les ha prodigado.

—El viernes último se ejecutó con un éxito brillantísimo la comedia en tres actos y en verso, titulada *Del mal el menos*, primera produccion dramática de don Tomás Rodriguez Rubi. El autor fué llamado á las tablas, donde recibió las más inequívocas muestras de aprobacion por parte del público que le colmó de estrepitosos aplausos. La comedia fué muy bien ejecutada por parte de los actores. En nuestro número próximo nos ocuparemos de su análisis y demás pormenores.

Circo olimpico. Continúa el público favoreciendo este local con la predileccion que desde el principio le ha dispensado, siendo la concurrencia igualmente numerosa. El jueves último se presentó la niña Emilia, restablecida ya de su indisposicion, volviendo de nuevo á sus bellos ejercicios. La funcion no desmereció en brillo de ninguna de las anteriores.

DIVERSIONES PÚBLICAS.

TEATRO DEL PRINCIPE. *A las ocho y media de la noche:* La comedia nueva original en tres actos y en verso, de don Tomás Rodriguez Rubi, titulada *Del mal el menos*. El autor de esta comedia al presentar en la escena su primera obra, cuenta con la bondad del público, que tan favorablemente suele acoger los ensayos de los ingenios españoles. La empresa, por su parte, cree que se recibirán con agrado los esfuerzos que hace por ejecutar lo más amenudo que le es posible producciones originales. Intermedio de baile, terminando la funcion con un divertido sainete.

CIRCO OLIMPICO. Hoy domingo 5 del corriente á las ocho y media de la noche, se ejecutará una variada funcion, cuyos programas se hallarán de venta en la puerta de entrada del Circo, á dos cuartos cada uno.